

INSTINTO DE LIBRERA / EVA COSCULLUELA

La prisionera 78599

Hace 75 años, el horror dejó de ser un concepto abstracto para tener nombre propio: Auschwitz. Quienes pasaron por allí, fueron víctimas de las atrocidades más crueles y de la vileza del ser humano. Desde que se promulgaran las leyes raciales de Núremberg, la persecución a los judíos fue implacable. Alguien denunció a la familia Cherkasky y la Gestapo fue a por ellos. A su padre y a su hermano los enviaron a la cámara de gas. Ginette tenía 19 años y fue deportada a Birkenau, un campo de exterminio que se construyó como ampliación de Auschwitz. Nada más llegar, la desnudaron –ella ni siquiera había visto desnudas a sus hermanas–, le raparon la cabeza, la tatuaron. 78599 era el número que la identificaba.

Ginette no entendía las órdenes en alemán y cuando no las cumplía era brutalmente golpeada. La humillación era absoluta en cada pequeño detalle, en cada gesto. Todo estaba calculado para tener a las prisioneras al límite, para que no tuvieran suficiente de nada pero sí lo justo para sobrevivir: comida –mondas de patata, pan duro–, ropa –unos andrajos– y unas pocas horas de sueño interrumpidas por las llamadas para hacer las «selecciones» que llevarían a muchas prisioneras a la

Ginette Kolinka
Regreso a Birkenau
Escrito en colaboración con Marian Raggiari



Portada del libro. SEIX B.

cámara de gas. El horror en su esencia más íntima.

Ginette Kolinka (París, 1925) coincidió en Birkenau con Simone Veil, que más tarde sería ministra del gobierno de Francia, y la cineasta Marceline Loridan-Ivens, con quien volvería a coincidir en Bergen-Belsen y en Theresienstadt. Las tres lograron sobrevivir. Pero para los supervivientes, empezaba otro calvario: debieron aprender a vivir de otra ma-

nera, con el dolor de haber perdido a muchos seres queridos y de haber convivido con el espanto. Y, sobre todo, con la culpa por haber sobrevivido, un sentimiento que no los abandonaría jamás.

Ginette Kolinka volvió a Auschwitz cincuenta años después en un programa de recuperación de la memoria, pero no lo reconoció: lo que ahora le parecía un lugar hermoso, con flores, donde la gente sale a hacer ejercicio, sólo era un decorado que tapaba aquel lugar frío, sucio, indigno, lleno de gritos, golpes y vejaciones que olía a carne quemada. Un lugar que representaba el horror.

Y por eso, para que no olvidemos la esencia de las cosas, se decidió a escribir 'Regreso a Birkenau' (traducción de Isabel González Gallarza, Seix Barral), un testimonio doloroso que nos recuerda las consecuencias de la intolerancia.

ARS SONORA / JUANJO BLASCO 'PANAMÁ'

Los signos del Apocalipsis

Una revelación, una alucinación, un espasmo mental por un exceso de wasabi en el bocadillo..., algo muy extraño sucedió pero las líneas que hoy debían figurar aquí han ido a la papelera. En su lugar aparecen los signos del Apocalipsis, el aviso de que el fin esta cerca, la pera, vamos.

Los ingleses, de natural sosainas pero dados a la poesía catastrofista aseguran que el Fin de los Tiempos llegará cuando se hunda el puente de Londres, los pajarracos que habitan por la Torre de Londres desaparezcan y no se sabe bien qué más desastres sucediendo a la vez.

Veamos...

Se mira con torva faz el hecho de que algunos conciertos que se adivinan excelentes como los de los nacionales 091 –tocará en El Oasis en febrero– o el histórico Martin Barre (guitarrista de Jethro Tull en sus mejores discos. Actuará en La Casa del Loco el 14 de febrero) vayan a descargar sus sonidos al grito de «están pasadísimos» o «ya no son nada en la música» cuando, cada uno en su rollo, serán sin duda maravillosos mientras se aplauden sonidos que solo se oyen por casquitos («No sin mi móvil»).

Se celebran fiestas populares en las que niños y niñas bailan dando saltos y



Martin Barre joven. HA

abrazados coreando cual pollos esquizoides estribillos como «Ponla contra la pared» o «Sin alcohol no hay sexo»... No es que uno sea pusilánime precisamente pero si las diminutas criaturas no pasan de los 8 años da 'cosa'. Tampoco es que uno reivindique a estas alturas a Bom-bom Chip o a la Onda Vaselina (bueno, un poco sí...) pero es que algo no encaja.

Se mira con resquemor y lástima a la cada vez más escasa peña que lee prensa en papel, se les adorna con adjetivos como 'románticos' en el mejor de los casos y en el peor se sugiere un estudio psicológico buscando algún trauma en su infancia. Si la prensa además es musical se entra directamente en el apartado 'analfabeto tecnológico' o 'miserable insecto irrelevante'. Multiplíquese por dos si lleva gafas en vez de lentillas y por cinco si además pela los langostinos. Si es varón y no lleva barba, saque la raíz cuadrada.

En fin... seremos menos poéticos que los sajones pero esto huele a la llegada del Apocalipsis. Mientras me pongo a 091 o a Jethro Tull en mi pasadísimos equipo musical voy a ver si encuentro una 'app' para ser más tonto y descargármela.

Mi móvil no tiene espacio. Tendré que borrar mis fotos poniendo morritos.